

Algo sobre la Biblioteca José Aricó

Diego Tatián

Diego Tatián es Profesor en la
Facultad de Filosofía y Humanidades
de la Universidad Nacional de
Córdoba

ESTUDIOS • Nº 5
Julio 1995
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

Según los estudiosos de la historia del libro, dos fueron los imaginarios que, desde la modernidad más temprana, marcaron diferentes acepciones de la idea de *biblioteca*: la aspiración, por un lado, a la biblioteca universal, inmaterial, "sin muros", concebida como inventario y catálogo, donde el saber no es ya prisionero de su materialidad (idea que tal vez haya encontrado su realización más perfecta en la telemática y las redes de comunicación a distancia); y, por otro lado, el sueño de una biblioteca que reúna todos los libros, signada por la acumulación nómada, el vagabundeo, la proliferación, el esparcimiento sin ley: biblioteca real, física, que ocupa un lugar en el espacio y contiene los libros como presencias únicas de consulta y de goce. La idea, en fin, de biblioteca como colección, en cuya singularidad converge no sólo lo que ella posee ya sino también lo que falta aún; que no disimula la ausencia en acto hacia la que tiende, sino que en gran medida se define también por ella. Así, la pasión del coleccionista se revela como un imposible: la coincidencia del mundo cerrado de la colección con el universo infinito de todos los textos: un infinito limitado.

Creo que este último es el modo como José Aricó vivió su biblioteca, una parte de la cual (ocho mil volúmenes aproximadamente) se halla ahora en la Universidad Nacional de Córdoba, a disposición de investigadores y curiosos. La importancia y significación de estos textos para el estímulo del conocimiento y la investigación en nuestro medio, no ocultan sin embargo otros aspectos al visitante que se deja afectar por ellos. En mi caso, me llegan ante todo las huellas de un anhelo extraño, como si se tratara de un fruto exótico traído de otro país, a la vez que el encanto de cierta caducidad, la belleza de las pasiones apagadas, una generosidad perdida que ha

dejado pequeñas marcas. Tomo un libro al azar, *Que juzgue la historia* de Roy A. Medvedev, al parecer un estudio sobre el stalinismo. Entre sus páginas encuentro dos recortes de periódico, uno de la edición latinoamericana de *Le monde diplomatique* de 1987, que se llama “Rehacer la revolución” y que trata del rol de los artistas e intelectuales soviéticos durante la era Gorbachov. El otro es una hoja de *La Nación* de 1988, con un artículo titulado “Intelectuales y asesinos”, que especula sobre la presunta complicidad de Neruda y Siqueiros en el asesinato de Trotski. Tomo otro volumen al azar, *2000 pagine di Gramsci. I n'el tempo della lotta (1914-1926)*, en la página 37 encuentro subrayado: “o ha rinunciato a chiamare spirito il tessuto storico del pensiero e dell'azione umana”. Abro otro, *Sorel e il marxismo* de Salvatore Onufrio. En la página 140 hay un papel intercalado que dice en letra manuscrita: “Sorel fue un pensador tempestuoso, que se abandonó a los vientos más furiosos de su época por el gusto de estar siempre en borrasca. Bobbio... pág. 130”. Estoy tentado de recoger todas estas marcas en su literalidad, de seguirlas hasta el infinito para saber si se juntan en alguna parte, si forman alguna figura. Quiero prestarle una atención extrema a cada una de ellas a la espera de una revelación, una frase subrayada, una anotación al margen, algo decisivo, un hallazgo. Tomo otro que parece muy antiguo, *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*, tomo II, de V. Martin de Moussy, editado en París en 1860. Lo abro pero no hay nada, ni recortes, ni papeles, ni anotaciones. Sólo un sello, en la primera página, que dice “Poder ejecutivo de México. Departamento de salubridad pública”.

Como es natural, la “Biblioteca José Aricó” está compuesta en su mayor parte por los clásicos del pensamiento socialista, pero no solamente. Una edición de las *Werke* de Marx, las *Gesamelte Werke* de Rosa Luxembourg, las obras completas de Lenin, todo tipo de materiales relacionados con el marxismo italiano —entre ellos distintas ediciones de las obras de Gramsci en diversas lenguas (la edición italiana de Einaudi, la francesa de Gallimard, así como varias traducciones al español, etc.)—; colecciones de revistas como *Aut-aut*, *Esprit*, *Crítica marxista*, *Leviatán*, *Cuadernos de cultura* —no está, hasta donde he podido saber, *Pasado y Presente*—, y tal vez una de las bibliotecas existentes más importantes sobre la historia del socialismo latinoamericano.

Me resulta imposible una mera enumeración. El recorrido vagabundo de los anaqueles se ve interferido a cada instante por algo vivo. En el silencio de la pequeña sala, el sonido uniforme de la computadora con que la bibliotecaria trata de convertir todo esto en algo que aún no es, que resiste, que sólo llegará a ser con el paso del tiempo. Seguramente irán perdiendo intensidad esas marcas mínimas que quedan fuera de catálogo; desaparecerán los recortes intercalados, las páginas se poblarán de anotaciones de distintas manos. Los signos que desrealizan aún el carácter “público” de estos libros perderán presencia: “*Para Pancho, este libro renovado que, por eso, ya no está dedicado al pasado. Con el afecto firme, etc., 3/5/87*”, y tantos otros vestigios de amistad que delatan un

hombre, un tiempo, un estilo. Y acaso también los interrogantes que inspira la composición de esta biblioteca serán otros. ¿Por qué, en este estante aquí, tantos libros de Carl Schmitt? ¿Qué motivó el interés de Aricó por este tan controvertido pensador político, emblema por antonomasia de la derecha más extrema? Trato de buscar respuesta, como hasta ahora, siguiendo los indicios de las anotaciones y subrayados en los más de veinte libros, en varias lenguas, de y sobre Carl Schmitt. Para mi sorpresa encuentro una edición de *El concepto de lo político* prologada por Aricó, quien termina su texto diciendo: “Una crítica de la forma burguesa de lo político resultaría parcial, mutiladora y finalmente estéril, si dejara de lado por prejuicios políticos o morales, que en el caso de ser válidos reclaman otras formas y sedes de debate, el análisis de una obra que, como la de Carl Schmitt, ha fijado una impronta insoslayable en la vida espiritual del siglo xx. Para que deje de ser patrimonio exclusivo de la derecha, o de la academia, para que entre en el debate de la izquierda de manera plena, y para que ésta pueda medirse con los grandes enemigos de sus propuestas, y no con sus mediocres escribas, incluimos a Carl Schmitt en esta colección. ¡Ojalá sea leído con la comprensión y el espíritu crítico que el excepcional valor de su obra merece!”.

Tuve ganas de citar *in extenso* este pasaje, que más allá de la argumentación sobre el interés intrínseco del pensamiento de Carl Schmitt, deja percibir la calidad del marxismo buscado y realizado por Aricó, la extraña nobleza de su pasión intelectual, que lo llevó a concebir una izquierda indiferente a los “mediocres escribas”, que se ocupara de sus “grandes enemigos”, que los *pensara* en sentido fuerte.

Se sabe que Aricó llegó a sugerir, para su biblioteca, una lenta disolución, que cada libro siguiera un curso propio, incierto, de objetopreciado. Así, tras ese pequeño cautiverio merced al cual el coleccionista procura arrancar la pieza al *continuum* del mercado para devolverle su carácter único, para “redimirla”; tras esa posesión amorosa, pues, devolver los libros al imprevisible río ciudadano, habiendo comprendido su juego y queriendo formar parte de él. Pero si cada libro tiene su leyenda, un tiempo de deseo y paciencia, en fin, una búsqueda, devolverlos entonces de golpe, *en un solo acto*, a los lugares donde fueron hallados (“para que los amigos –decía Aricó– tengan la posibilidad del hallazgo pero también el ‘tiempo perdido’ y el trabajo de búsqueda que yo tuve”), significa dejar rodar el ovillo para que todo se desteja en un instante y tal vez así provocar la visión momentánea y sin duración de lo que ha tenido al tiempo por sustancia.

Quedaría por saber, en todo caso, si del mismo modo que los libros transforman a sus poseedores, si así también los libros se transforman en su siempre fugaz cautiverio; saber si algo les es agregado por la historia de sus pertenencias. De ser así, estos libros seguirán su existencia –ya en el anaquel de la biblioteca, ya en el escaparate de la librería de viejo– de un modo distinto a como fueron hallados por su antiguo dueño.

Algo todavía patente, la bella singularidad de un recorrido y de un entusiasmo,

cumplirá suavemente su destino de pérdida, aunque estos cuatro muros amables estén para crear una ficción de conservación y de unidad. Es así como debe ser. Y acaso el anonimato creciente que es ley del tiempo, otorgue a estas marcas –que se disolverán en otras marcas– una rareza diferente.

Pienso en alguien que dentro de mucho tiempo abrirá un libro cualquiera, por ejemplo éste, un volumen colectivo de interés coyuntural llamado *Argentina ¿tiene salida?*, y al final de un trabajo –claro, sereno, crítico, esperanzado– firmado por el propio Aricó, encuentra esta inscripción manuscrita –anotada por alguno, pensará nuestro imaginario lector, seguramente no ajeno a los paisajes del dogmatismo y la intolerancia–, una leyenda breve, inmediatamente después de las letras de molde y como queriendo negarlas : «Niels Bohr: “cualquiera sea la enunciación que yo formule debe ser entendida no como una afirmación, sino como una pregunta”».